



VALENTIA, CIUDAD DE FRONTERA (550-624)

Albert Vicent Ribera i Lacomba
ICAC

La muerte del obispo Justiniano coincidió con un largo período de inestabilidad general, entre 550 y 589, que alteró las estructuras políticas de la ciudad y de todo su territorio. En esos años, además de un gran episodio de peste, el reino visigodo vivió usurpaciones y conflictos dinásticos que propiciaron la llegada de los bizantinos, ya asentados en Ceuta y las Baleares, que aprovecharon para hacerse con el litoral mediterráneo hispano al sur del río Júcar.

En contra de lo manifestado por otros investigadores, que cuestionan la formación de una frontera militar entre godos y bizantinos, la creciente realidad arqueológica y las escasas, pero existentes, noticias históricas, avalan que había una zona militarizada, al estilo de las coetáneas provincias imperiales occidentales de Italia y África. Entre el Júcar y las montañas del sur de la provin-

cia de Valencia pasaría la frontera, que, dadas la época y las circunstancias, y como indican las fuentes y la arqueología, estaría organizada en un entramado de fortificaciones menores (*castra, castella*,..), que controlaban las comunicaciones y los lugares estratégicos. Este dispositivo se basaba, en última instancia, en ciudades amuralladas en la retaguardia de ese sistema defensivo. En el País Valenciano ya se adivinan los principales elementos de esta frontera militarizada, cuyos centros urbanos respectivos eran *Saetabis* y *Valentia*, de la parte visigoda, e *Ilici* y *Danium*, de la bizantina.

La entonces autónoma Valencia se convirtió en territorio fronterizo y en la ciudad se establecería una guarnición visigoda, para hacer frente a la cercana amenaza bizantina. En este contexto, hay que entender la coetánea aparición del gran asentamiento fortificado de Valencia la Vella, a 15 km al oeste de Valencia y los abundantes hallazgos de tremises de la época de Leovigildo de Alcàsser, a 15 km al sur de Valencia.

<1 Detalle de asno impreso en el fondo de un bol cerámica de mesa fabricado en Asia Menor. Plaza Nápoles y Sicilia, nº 10, València. SIAM-Ajuntament de València.



Mapa político de la península ibérica a principios del reinado de Leovigildo. Ilustración: Espirelius.

La *Crónica* de Juan de Biclaro consigna que Hermenegildo, el hijo rebelde de Leovigildo, ya derrotado, fue trasladado preso a Valencia en el 584, antes de su ulterior ejecución en Tarragona. Esto significa que la ciudad era un lugar seguro para los visigodos.

Esta primera presencia de elementos germánicos en Valencia significaría su plena incorporación al centralizado reino que estaba surgiendo desde Toledo con Leovigildo. Esta situación se plasmó en la realidad histórica y arqueológica de Valencia como sería la existencia, en 589, de dos obispos en la misma ciudad, el arriano, de nombre godo, *Ubiligisclus*, y el católico *Celsinus*, prueba fehaciente de un considerable núcleo de gente foránea, que también se diferenciaba de la población autóctona por sus rasgos étnicos y las tradiciones funerarias. Ambos grupos se agrupaban en torno a sus respectivos obispos. Dos obispos también significaban dos grupos episcopales, al menos durante treinta o cuarenta años. En otros lugares, donde dos comunidades cristianas distintas convivieron —católicos y donatistas en África, y católicos y arrianos en Italia— tenían lugares de culto diferentes. En algunos yacimientos de estas zonas, con una presencia excesiva de iglesias, se ha propuesto que esta abundancia respondería a las diversas confesiones existentes.

El grupo episcopal

A lo largo del siglo VII, los principales edificios episcopales mantuvieron su preponderancia, pero al norte de la catedral, desde finales del siglo VI o inicios del siglo VII, tuvieron lugar una serie de cambios relacionados con la transformación de la población que residía y mo-

ría en el entorno del obispo. Arquitectónicamente, la novedad más destacable es el ábside de herradura que se construyó sobre el supuesto lugar martirial, atributo que le damos, entre varias cosas, por esta estructura constructiva, bien conservada en planta pero apenas en alzado. Sus cimientos destacan por su escasa profundidad, 30 cm, y su tosca técnica constructiva, al igual que la de las paredes, contrasta con la cuidadosa técnica usada en los monumentos de la fase anterior. La escasa anchura de los muros, unos 60 cm, queda lejos del metro que alcanzan los del baptisterio. Es una construcción mucho más endeble y de poca altura. En su interior se conservaba un nivel de cal uniforme, la base sobre la que habría un pavimento más consistente que debió ser expoliado en época islámica. Sellaba un pozo relleno con materiales de finales del siglo VI o principios del VII, que permite fechar su construcción. Este ábside está encajado sobre la estancia del edificio que habría albergado el martirio de san Vicente.

Frente al ábside, al oeste, se conservaba un muro que enmarcaría un arco triunfal de entrada, del que surgiría un espacio de 3,90 m de largo, cuyo extremo occidental estaría delimitado por cancelas que ocuparían un frente de 4 m. Este espacio casi cuadrado, de 4 m por 3,90 m, precedería el acceso al interior del ábside. Para completar su planta tan solo contamos con dos basamentos de una posible columnata que, con la misma anchura que el ábside, enmarcaría una hipotética nave central, de 4,80 m de ancho y de 1,80 m entre las columnas, si se coloca una entre las dos que conocemos, o de 4 m si no lo hacemos. Podría interpretarse como una



Muro de buena factura del interior del circo romano.
Calle Comedias, Valencia. SIAM-Ajuntament de València.

pequeña basílica, pero la falta total de cualquier indicio de los muros perimetrales nos hacen ser escépticos al respecto. Las remociones de una casa islámica de los siglos XI al XIII, al oeste del ábside, impide que se conozca mejor.

Al norte, y delante de la entrada de la curia aún en pie, a finales del siglo VI, se construyó un gran pozo cuadrado de grandes losas romanas, que le daban un aspecto monumental. Presentaba la misma alineación que el edificio del ábside de herradura, situado a poco más de un metro, por lo que no sería extraño que formaran parte de un único conjunto, lo que encajaría con el sellado del otro pozo en el momento de erigir el ábside, al que sustituiría en su función de dispensador de agua. La nueva orientación del pozo y el ábside rompió por primera vez con la alineación de origen romano que se había mantenido inalterada desde los orígenes de la ciudad.

A finales del siglo VI o inicios del VII se expolió la curia septentrional, convirtiéndose la zona al norte de la otra curia en un amplio espacio abierto, tal vez un huerto o jardín asociado a alguna nueva construcción, ya en el siglo VII, como una noria y un peculiar edificio poligonal, que sería una zona que enlazaría con los campos de silos situados hacia el norte. Se ha sugerido que esta zona fuera un área productiva regada por monjes.

Las necrópolis y el cementerio de los obispos

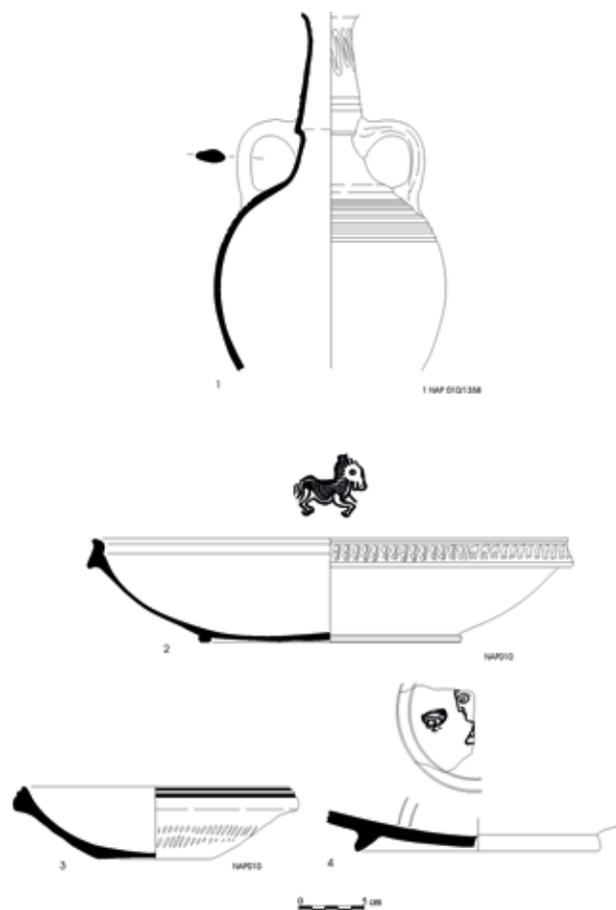
Uno de los rasgos más destacados de este grupo episcopal es el marcado carácter funerario, testimoniado en los diversos y jerarquizados cementerios que se extienden, al menos, al norte y el este de la catedral visigoda. A partir de finales del siglo VI, surgió otro cementerio en la zona episcopal, en estrecha relación con el pequeño ábside de herradura. La dispersión y tipología de estas nuevas sepulturas difiere bastante de la anterior necrópolis, algunas de cuyas tumbas fueron cortadas por estas más grandes y modernas. Las modestas sepulturas individuales fueron sustituidas por grandes cistas de enormes piedras, que ocupan una superficie de 2 x 3 metros y alcanzan el metro de altura. En su interior aparecen varias capas de enterramiento y es normal encontrar los restos de entre diez y veinte individuos. Asimismo, aparecen ajuares, vasijas de vidrio o cerámica, y bastantes objetos de uso personal. En total se han señalado más de treinta de estos grandes sepulcros, que deben ser panteones familiares. Su sistema de construcción permitía su apertura por un lado, desde donde se podían efectuar continuas inhumaciones. De hecho, algunas tumbas fueron

periódicamente limpiadas de los esqueletos más antiguos, de los que solía dejarse sólo el cráneo, que se amontonaba al fondo de la cista, para permitir la instalación de nuevos enterramientos. Aunque se extiende por casi todo el solar de l'Almoina, siempre al oeste de la calle romana, la gran mayoría de los sepulcros se amontonaron al este y cerca del pequeño ábside de herradura, alrededor del cual hay una verdadera aglomeración, catorce tumbas, mientras otras ocho aparecen dispersas. Este hecho vuelve a constatar la gran ansia que había en esta época por enterrarse cerca de este lugar, y explica también la limpieza periódica de los huesos de varias de estas saturadas sepulturas. Los más de trescientos individuos que se han recuperado presentan rasgos antropológicos distintos a los anteriores, ya que parecen de una etnia nórdica.

Otro carácter tenían las tres grandes tumbas que se colocaron alrededor del mausoleo del mártir, aunque tipológicamente son cistas muy parecidas, pero que no permiten su apertura, algo comprensible, dado que la única que se encontró intacta, sólo apareció un esqueleto. A los pies de la tumba más privilegiada, sita en el interior del mausoleo cruciforme, empezaba un corredor jalonado a ambos lados por varios arcosolios que por sus dimensiones parecen preconcebidos para colocar sarcófagos. Serían las tumbas de los obispos, que normalmente se enterraban en el interior de la catedral o de alguna otra iglesia importante.

La urbanización del circo romano

A partir de mediados del siglo VI, hay claras evidencias de la ocupación y urbanización de la arena del circo,



Conjunto de cerámicas procedentes de la excavación del antiguo circo romano. Excavación: plaza Nápoles y Sicilia, nº 10.

lo que manifiesta otros usos diferentes a los lúdicos, que supuestamente irían desde los comerciales a los militares.

Se han diferenciado varias fases superpuestas que abarcan desde mediados del siglo VI a mediados del VII, que han aportado numerosa cerámica, principalmente vajilla de mesa importada de Túnez, de Focea de Asia Menor y Chipre, cerámica de cocina local, regional e importada de África y Oriente, y ánforas orientales y africanas. Destaca la abundancia de las producciones orientales de vajilla fina y cerámica de cocina importada, principalmente en la segunda mitad del siglo VI. De aquí provienen los únicos hallazgos de Chipre y el mayor volumen de Asia Menor de la ciudad.

A partir de finales del siglo VI y, sobre todo, del siglo VII, se advierte un evidente cambio en la cultura material, con la introducción de tipos de clara facies visigótica, similares a los que podemos hallar en zonas de tradicional asentamiento godo en Hispania, continuando, de todos modos, la llegada de las últimas producciones de *sigillata* africana (Hayes 91D, 105, 106, 109, etc.) y la introducción de las primeras y escasas cerámicas vidriadas.

Estos conjuntos cerámicos, con la abundante presencia de materiales orientales, presentan una notable diferencia con los de otros lugares de Valencia, tanto los del área episcopal como los de las zonas periurbanas de habitación. Esta especificidad plantea que, tal vez, la nueva área urbanizada a mediados del siglo VI tuviera una razón de ser diferenciada y especializada, aunque esta suposición es tan sugerente y fácil de plantear como difícil de resolver. Hay que tener en cuenta la ubicación topográfica del circo, situado desde el siglo II dC, y hasta

el siglo XIV, en el límite oriental de la ciudad, de modo y manera que la muralla árabe del siglo XI se adhirió a su cara externa, seguramente perpetuando su uso defensivo del periodo tardoantiguo, tal como ocurre con tantos otros de estos grandes edificios de espectáculos.

Los restos constructivos de la etapa visigoda se encuentran de un extremo a otro del interior del circo. En el norte, en las excavaciones de la calle Barón de Petrés y de la plaza Nápoles y Sicilia 10, situadas entre las carceres y la *spina*, se ha documentado bien esta nueva urbanización dentro de un gran espacio público. Sobre la arena, abandonada a lo largo del siglo V, que se extendía por una zona de 350 x 60 m, esto es, dos hectáreas, aparece un gran relleno de nivelación, originado por el vertido rápido de tierras muy oscuras y ricas en materiales arqueológicos, con pequeñas monedas vándalas y bizantinas, que dan una fecha a partir de mitad del siglo VI para su formación.

Los muros que se instalaron sobre este amplio terreno nivelado estaban hechos con grandes sillares reutilizados, mezclados con piedras menores, talladas y sin tallar, unidas con argamasa y mortero de cal. Los pavimentos eran de argamasa. Los numerosos materiales, procedentes de los hogares, las fosas y los basureros de los usuarios de las nuevas construcciones, indican una intensa y continua actividad en esta zona entre la segunda mitad del siglo VI y la primera mitad del VII. A mitad del siglo VII otras fosas de vertidos y basureros ya cubrían los muros.

La escasa extensión de las excavaciones en que se han registrado estas incompletas construcciones impide cualquier intento de interpretar su función. Incluso en la

única en que se excavó en cierta extensión, en la plaza de Nápoles y Sicilia 10, las habituales y numerosas intrusiones medievales las habían deteriorado, tanto en planta como en alzado.

Esta ocupación se ha puesto en relación con la llegada de nuevos grupos de población, que tanto se atribuiría a contingentes militares visigodos, que de este modo se instalarían en bloque al lado de la muralla oriental, que debía de ser la misma pared del circo, como con un supuesto barrio comercial cuya existencia explicaría la aparentemente anómala abundancia de importaciones del Mediterráneo oriental. Tampoco se podría excluir una solución mixta que, en todo caso, siempre implicaría el asentamiento de poblaciones foráneas en número importante, para lo que se tuvo que acondicionar este gran espacio.

Epílogo: el final de una época

En los lugares que, tras la rápida caída del reino visigodo, se integraron en la órbita musulmana, la evolución urbanística habitual de los centros episcopales, sustituidos por otra realidad, se cortó. Este fue el caso de Valencia durante quinientos años, entre 713 y 1238.

Pero el repentino colapso del reino visigodo no supuso una rápida ruptura social, ya que la islamización fue un proceso continuo pero lento. En parte del área valenciana, a través del pacto suscrito por el último gobernador visigodo, Teodomiro, con los recién llegados, el modo de vida permaneció inalterado hasta mediados del siglo VIII, con la instalación de contingentes árabes, que en parte se unieron a la antigua élite goda.



Bol de cerámica de mesa de Asia Menor. Plaza Nápoles y Sicilia, nº 10. València, SIAM-Ajuntament de València.

Entre 778 y 779, *Valentia* fue destruida en una guerra civil entre musulmanes, momento que marcaría el final de la ciudad tardoantigua. Sin embargo, la arqueología ha sido muy parca para estos momentos de transición, tanto para el siglo VIII como para el siglo IX.